

El general La Llave había ocupado el cerro del Chiquihuite con seiscientos cincuenta hombres, á los que agregó la compañía del capitán Aguilar; esperaba ser atacado por el lado de Veracruz; pero los franceses se presentaron por el de Córdoba y esto originó que se levantaran algunas obras pasajeras en el Atoyac, cuyo puente fué quemado; al atacar los franceses el día 24, fueron recibidos con serenidad y sufrieron pérdidas de consideración; pasan el río el día siguiente, y entonces mandó quemar La Llave el puente del Chiquihuite. Teniendo que abandonar la posición seguido por sus contrarios, se marchó para Huatusco. A consecuencia de estos sucesos y de varias acusaciones, fué llamado La Llave á desempeñar su encargo de magistrado de la Suprema Corte. Ocupado el Chiquihuite por los zuavos, le fueron enviados al general Douay, recién llegado á Veracruz, carros para que pudiera moverse hacia Orizaba, con las fuerzas que pudo reunir en Veracruz. En el campo francés había subido el precio de la carga de harina á setenta pesos, la de maíz á veinticinco, la papa á cincuenta y la libra de carne á dos reales.

El 16 de Mayo arribaba á Veracruz el general Douay con trescientos soldados. Esta fuerza, con la sección de Gálvez y algunos marineros, salió el 19 para Orizaba con objeto de auxiliar á Laurencez, amenazado por las tropas de Zaragoza. Douay venía precedido de una gran reputación militar, adquirida en las campañas de Africa, Crimea é Italia. Condujo á Orizaba el convoy de cuarenta y siete carros, llevando enfermos á muchos de los soldados que con él desembarcaron, y entraba á Orizaba hasta el 10 de Junio, precisamente cuando las guerrillas acababan de destruir en las tierras calientes un convoy de municiones, matando á la escolta, de la que apenas escaparon unos pocos.

Llegaba á México mandando los primeros refuerzos enviados en la primavera de 1862 y vino á ser, según el parecer de Bazaine, el primer personaje del ejército francés; su valor, su mérito, atraían sobre él la atención, por ser también uno de los oficiales preferidos de Napoleón III, con el que llevaba las más íntimas relaciones. Douay, cuya ambición era conocida, cuando vió á los dos generales en jefe promovidos al mariscalato, aspiró á una recompensa semejante, y para ello dejó comprender á los príncipes Maximiliano y Carlota, que si quedaba de general en jefe del ejército expedicionario, seguiría para con el Imperio mexicano una conducta distinta á la de Bazaine. Douay, poseído de grandes aspiraciones, se creyó siempre más apropósito para mandar el ejército francés, que sus superiores Forey y Bazaine; consideró muy inferior á Laurencez, y no cupo duda en que le adornaban eminentes cualidades como militar.

Grandes dificultades encontraban los franceses para comunicarse con Veracruz, apareciendo en condición de sitiados. El coronel Hennique, de acuerdo con Márquez, salió de Córdoba el 26 de Junio con cuatro compañías de marina, el segundo batallón del 2º de zuavos, dos pelotones de cazadores de Africa y una sección de ingenieros; encontraron cien carros vacíos abandonados y regresaron con ciento ochenta que ya estaban cargados y que Márquez había conducido. Sa-



*Carlota María Amalia Clementina
Leopoldina.*

Hija de Leopoldo I, rey de los belgas, nacida el 7 de Junio de 1840, se casó enamorada con el príncipe Maximiliano de Austria. Soñadora como su esposo, entusiasta por las grandes empresas, revelaba sus inmensas aspiraciones en la profundidad de sus miradas. Fué la mano de que se valió el destino para levantar el efímero segundo Imperio en México; allanó las dificultades con que tropezaron las negociaciones en Viena y París, teniendo siempre presente, como su más bello ideal, ceñir una corona y consumir alguna grande empresa. Cuando Maximiliano sintió desfallecer su voluntad en la obra colosal de establecer un Imperio á las puertas de la gran República de América, ella lo sostuvo y animaba; al sentir su impotencia, oír que cruzaba y ver que se derrumbaba el fragil edificio en que tenía sus ilusiones, perdió la razón.

lió de Córdoba el 2 de Julio á proteger al coronel Hennique, el comandante Sourville con el primer batallón del 99, y llegó el 3 al Chiquihuite; no se tenía noticia del convoy, y sabiendo que en la Soledad había una fuerza considerable mexicana que interceptaba el camino, avanzó hasta ese pueblo é impidió que fuera quemado el puente; allí se le reunió Hennique el 9 de Julio y hasta el 21 entró el convoy á Orizaba, venciendo mil dificultades para sacar los carros de los pantanos; al fin fué preciso auxiliar con mulas de carga para aligerar el transporte.

Desde el 24 de Junio se había reducido en Orizaba la ración de pan y carne; en cuanto al vino, solamente se daban dos raciones cada semana; los caballos comían maíz verde y caña de azúcar. El 23 de Julio salieron otros carros de Orizaba y encontraron quemado el puente de la Soledad; fueron atacados repetidas veces, se les quitaron muchas mulas y de ciento ocho carros solamente regresaron ochenta el 17 de Agosto. Otros dos convoyes volvieron á salir hasta la llegada del general Brincourt, que trajo dos batallones del 1º de zuavos, un escuadrón del 1º de cazadores de Africa, carros, mulas y guarniciones; entonces fué ocupado permanentemente el puente de la Soledad, donde tan sólo la iglesia y unas cuantas casas se habían salvado del incendio.

Laurencez comunicó, con fecha 14 de Junio, que había restablecido sus comunicaciones con Veracruz, en las que empleaba una parte de las fuerzas de Márquez, y que repuso uno de los puentes quemados en el Chiquihuite; dijo que á las tropas mexicanas, sus aliadas, les proporcionaba ración de víveres y una indemnización á los jefes; que Zaragoza se había establecido en las Cumbres con ocho mil hombres, queriendo probablemente aprovechar la diseminación de las fuerzas francesas, para atacar á Orizaba. Tenía los dos batallones del 99 en el Ingenio, con una batería de montaña; un batallón de infantería de marina ocupaba á Córdoba; otro de esta arma y uno de zuavos, con cuatro piezas de montaña, defendían el Chiquihuite; en Orizaba permanecía el batallón de cazadores á pie, uno de zuavos y ocho piezas de montaña; la caballería, menos un pelotón, estaba sobre el camino de Veracruz.

En los partes que el general Laurencez dirigió al mariscal Randon, tras los grandes elogios que hizo del cuerpo expedicionario, aseguró el jefe francés que el ejército de ocupación era visto aquí con profunda repugnancia, y que las poblaciones quedaban completamente desiertas al aproximarse á ellas las fuerzas francesas; que por ningún dinero habían conseguido que se prestara un mexicano á atravesar el río de Jamapa para sacarlas de un mal paso; que constantemente los hostilizaban las guerrillas y por donde quiera no encontraban sino oposición; formábase la soledad al rededor del ejército y los guerrilleros penetraban á veces hasta las calles de las poblaciones que ocupaban los franceses; éstos, al salir en busca de víveres ó forrajes, encontraban siempre obstáculos más ó menos serios. Poblaciones hubo, como Tlacotalpam, cuyos moradores salían en masa de sus casas, para que no hubiera Ayuntamiento ni los franceses pudieran encontrar los auxilios que buscaban, y á veces dejaban abandonados los franceses sus muertos y heridos,

En aquellos días los partidarios de la Intervención en Europa, acusaban al gobierno de Juárez porque atacaba á los extranjeros; pero los hechos probaron lo contrario. "La Patrie" de 18 de Junio, después de publicar una correspondencia en que eran injuriados los mexicanos, diciendo "que se portaban bien tras las barricadas," agregaba: "Es satisfactorio decir que los extranjeros no son molestados; los franceses mismos pueden dedicarse á sus negocios, sin ser personalmente perseguidos." En prueba de ello, la Bélgica celebraba un tratado con el Sr. Juárez, y la Prusia seguía en buenas relaciones con la República. Cuando en San Luis Potosí había excitado el general González Ortega á los vecinos para que contribuyeran á los gastos de la guerra, varios extranjeros ofrecieron lo que se pedía, y aun algunos dijeron que el gobierno podría contar con todas sus propiedades. Entre los ofertantes se contaron los Sres. Pitmann, Davies, Chavot hermanos y otros muchos extranjeros.

En Jalisco dispuso el Superior Tribunal de Justicia, que se hiciese una información de todos los súbditos franceses residentes en aquel Estado, para que ante los cónsules, vice-cónsules ó síndicos de los Ayuntamientos donde no hubiera un representante de la Francia, dijera qué tropelias habían sufrido desde que residían en México, las autoridades que se las habían inferido, las épocas, y en caso de haber reclamado, si los habían ó no atendido. De los setenta y dos franceses que según el registro oficial residían en el Estado, solamente seis no declararon, unos por ausencia y otros evadiendo la respuesta; los demás dijeron que ninguna tropelia les habían inferido las autoridades mexicanas; que cuando habían impetrado justicia la habían recibido cumplida, y que en lo que habían sufrido, corrieron igual suerte que los mexicanos (1).

(1) Los franceses residentes en Puebla dirigieron al general Tapia la siguiente carta, que vino á probar la falsedad de los ataques inferidos á México:

"Puebla, Mayo 9 de 1862.

"Exmo. señor general:

"Los que suscribimos, habiendo presenciado todas las delicadas atenciones con que se hallan rodeados los prisioneros franceses, y muy particularmente los heridos, venimos á cumplir con un sagrado deber manifestando á S. E., cuánto ha conmovido nuestro corazón una conducta tan noble y generosa de parte del gobierno hacia nuestros compatriotas, que los azares de la guerra han hecho caer prisioneros ó se encuentran heridos; autorizados por un especial favor de S. E. á visitar y auxiliar á nuestros desgraciados compatriotas, somos los fieles intérpretes de los sentimientos de gratitud que los animan, por los cuidados esmerados que reciben.

"Sírvese S. E. admitir, á nombre de todos nosotros, la expresión sincera de nuestro agradecimiento, como también la presentamos á los señores facultativos, practicantes y oficiales del ejército que visitan diariamente á los enfermos, dándoles verdaderas pruebas de simpatía.

"Reiteramos á S. E. las expresiones de consideración y respeto de sus atentos servidores.—Victor Nerón.—Agustín Binoche.—E. Emilio Lafenetre.—Camilo Tupier.—E. Lamarque.—L. Negriè.—Bernardo Abadie.—Carlos Relanch.—Luis Toussaint.—Emilio Raymon.—Emilio Ribert.—Pablo Clairain.—Simón Beguerisse.—G. Peters.—René Valadié.—Adrián Valadié.—E. Laric.—Juan Ferrad.—Alfredo Leroux.—Emilio Diech.—E. Naude.—J. S. Virars.—Imberte.—F. Beguerisse.—I. F. Fioger.—Pedro Beguerisse.—P. M. Valadié."

"Al Exmo. señor general D. Santiago Tapia, gobernador y comandante general del Estado."

El cuerpo legislativo francés, en la sesión del 16 de Junio, votó por unanimidad los créditos solicitados por Napoleón III, con objeto de enviar los refuerzos que creyó suficientes para continuar la expedición de México, quedando aplazada para después la discusión de la parte política que entrañaba la petición. El debate tuvo lugar el 26 del mismo Junio, comenzándolo con un brillante discurso el diputado Julio Favre, que atacó con gran vehemencia y con afluencia de razones sólidas la política seguida por el gobierno imperial, á pesar del terrible despotismo ejercido en Francia.

En esa discusión del presupuesto de la guerra, Mr. Favre dijo: que la concesión de los créditos extraordinarios era un voto de salvación y no un voto de confianza; se ocupó extensamente de la cuestión mexicana, declarándose contra la Intervención y censurando la conducta de Mr. de Saligny. Contestóle Mr. Billaut, ministro sin cartera; presentó varios documentos relativos á la cuestión diplomática, y quedó aprobado todo el presupuesto del ministerio de la Guerra.

Este ministro, orador de oficio, replicó á Mr. Favre en nombre del gobierno imperial, defendiendo la política napoleónica; su peroración, revestida de brillante fraseología y adornada de arranques y rasgos oratorios, aunque destituida de justicia y de verdad, causó grande efecto; las apreciaciones que hizo de la situación de México fueron inexactas; refirió algunos hechos del todo falsos ó muy desfigurados y fulminó cargos contra el país entero; no titubeó en valerse de atroces calumnias y de insultos gratuitos, para excitar en su auditorio el orgullo nacional y dar un barniz de aparente razón á la conducta que su gobierno seguía con México; hábil orador, no tocó los puntos en que era imposible disfrazar la verdad y supo halagar la fibra del patriotismo para hacer triunfar en el cuerpo legislativo la causa que defendía.

En esa vez Billaut aclaró la política de Napoleón III en México y en el continente americano; para probar el orador que el Emperador no había procedido ligeramente, dijo que hacía treinta años que aquí sufrían los franceses las mayores injurias, villanías y vejaciones, cuando creían encontrar un país hospitalario en que ejercer su comercio é industria; "todos nuestros compatriotas, que son numerosos en México, han sido asaltados, pillados, puestos á rescate, aprisionados y asesinados." Este solo trozo del discurso, basta para calificar el tono que dominó en toda la peroración y la terrible pintura que hizo de la situación de México.

Los discursos que en la cámara francesa pronunció Mr. Billaut, se resintieron del embarazo en que se encuentra todo hombre ilustrado que, sin penetrarse de la justicia de la causa que quiere defender, ni tener la suficiente instrucción de los hechos que refiere, se ve obligado á discurrir de *orden suprema*. Mr. Billaut, experimentado, con grande inteligencia y práctica en el sistema representativo, comprendía el mal efecto que producen las declamaciones y vaguedades, y apeló á precisar hechos, citando uno que no correspondía á la Francia: el atentado de la calle de Capuchinas, pues los fondos que recogió el general Miramón no eran franceses, sino destinados á los tenedores de bonos de la deuda inglesa. Tan desgraciado